

LA SITUACIÓN EN ORIENTE PRÓXIMO

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Para entender el entramado de conflictos e intereses que se dan cita en la región próximo oriental se hace estrictamente necesaria la combinación de las variables estratégicas que se dan cita allí. El eje vertebral gira en torno a Israel-Palestina

La región que media entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo ha constituido siempre una zona de elevado valor comercial y militar, sobre la que han actuado premeditadamente, o forzadas por los acontecimientos, las potencias regionales y globales más relevantes de cada período histórico.

El conflicto estructural que configura habitualmente la percepción de Oriente Próximo es el que enfrenta a Israel y Palestina. Además de estructural, éste es un conflicto instrumental, esto es, ha sido utilizado de manera reiterada para respaldar acciones políticas y militares de otros Estados, cuyos intereses, sin embargo, no necesariamente colisionan con la existencia de Israel. La búsqueda de una supremacía regional, caso de Egipto en el pasado, ideológica, caso de Arabia Saudí o Irán, o de reconocimiento internacional, caso del régimen iraní en la actualidad, encuentran en la tensión entre israelíes y palestinos oportunidades excelentes de manifestarse. Es precisamente la gestión, contención o disuasión de este tipo de acciones las que han forzado a potencias exteriores a actuar en la región, bien direc-

tamente (caso de los EEUU en Irak), a través de Naciones Unidas (actual despliegue de fuerzas en Líbano) o diplomáticamente (presión política constante de la UE y los EEUU).

La Administración Obama ha retomado, como todas sus predecesoras, la cuestión de Oriente Próximo con interés: respaldo a Israel y su derecho a la autodefensa, retirada condicionada de Irak, oferta de diálogo a Irán y contención de Siria. Una aproximación enérgica que se enfrenta ya a notables obstáculos, entre ellos, la naturaleza del régimen iraní, la necesidad de mantener una presencia física en la región y la dificultad para anular la proyección de la cuestión palestina sobre la región.

EL CONFLICTO ESTRUCTURAL

La tensión entre Israel y su entorno constituye uno de los ejes vertebrales de la actividad militar y diplomática en la zona. Sin embargo, su naturaleza ha sufrido modificaciones importantes desde que en 1948 Israel se constituyera como Estado independiente. Para Israel se trata de un conflicto en el que está en juego su existen-

cia, esto es, la sucesión de guerras que han jalonado su trayectoria como Estado independiente no han tenido como objeto principal la proyección de poder regional o la obtención de ventajas estratégicas, sino garantizar la supervivencia del nuevo Estado. Esta percepción ha convertido el conflicto en el elemento fijo a partir del cual pivota toda la vida política y social israelí, sus tensiones parlamentarias y electorales.

Lo que comenzó por ser un conflicto entre Estados se ha reafirmado como un conflicto asimétrico y neocolonial, a medida que los éxitos militares israelíes y el carácter destructivo de la causa palestina permitieron la colusión de dos fenómenos que han resultado ser trascendentales: por un lado, la contención militar de la alianza antiisraelí, y por otro, la pérdida de interés entre los vecinos de Israel por mantener, alimentar o gestionar la cuestión palestina, cuyo carácter revolucionario resultó a partir de la década de los setenta peligroso para los regímenes que la habían sustentado.

Este doble fenómeno, cuyos hechos más relevantes son la expulsión de los palestinos de Jordania, el cierre

de la frontera egipcia y el estallido de la guerra civil libanesa, ha consolidado a Israel como un gestor insustituible del radicalismo palestino, beneficioso para los Estados vecinos que se niegan, como ha sucedido en Gaza recientemente, a respaldar las fuerzas palestinas más radicales, como es el caso de Hamás.

Al quedar encapsulada la tensión entre Israel y sus vecinos inmediatos, la cuestión palestina se ha desarrollado por el único camino que le quedaba libre, la lucha por la independencia. Y adoptó la fórmula revolucionaria que le es propia, la rebelión popular, conocida como Intifada, obligando a Israel a desarrollar una política de desenganche progresivo y de resultado desigual.

El conflicto en este estadio adquirió dos dimensiones irreconciliables, una ideológica y antijudía, otra territorial y convencional. La segunda tiene solución, de la que es prueba la propia Autoridad Nacional Palestina.

Soldados israelíes montan guardia, cerca de Belén, ante un grupo de palestinos que ondean su bandera el pasado 2 de enero para protestar contra la ofensiva de Gaza.



La primera, no, pues está basada en un hecho abstracto que nutre una fuerte corriente ideológica antioccidental e islamista, cuyo anhelo no es la construcción de un Estado, sino la recreación de un ideal de signo revolucionario, intolerante y con un escaso sentido práctico. La segunda permite aspirar a una paz posibilista; la primera, por el contrario, eterniza la tensión y facilita su instrumentalización.

EL CONFLICTO INSTRUMENTAL

A pesar de la complejidad y dureza del conflicto palestino, su aspecto estratégico más interesante ha sido su proyección sobre tensiones globales, la cuestión islamista y la actividad terrorista de ella derivada y, también, las cuestiones de Irak e Irán. En las tres juega un papel instrumental de intensidad variable, pero trascendente.

La cuestión ideológica, crecimiento y consolidación de las tendencias islamistas y fundamentalistas de las que se han alimentado organizaciones como Al Qaeda, encontró en el problema palestino un ideal popular, fácil de proyectar en las sociedades musulmanas como

La CUESTIÓN PALESTINA ha sido un ideal popular, fácil de proyectar en las sociedades musulmanas como la QUINTAESENCIA de la injusticia y la opresión occidental

la quintaesencia de la injusticia y la opresión occidental. La colaboración de los regímenes políticos árabes vigentes en este proceso fue inconsciente y está ligada a la ausencia de legitimidad de aquéllos, hecho que vino a ser compensado con la utilización mecánica del Islam como fórmula de sustentar la estructura de poder político. La utilización del lenguaje religioso y la necesidad de compensar la manipulación política de sus estamentos facilitó el desarrollo del islamismo primero y su proyección popular después, haciendo fracasar los ensayos de apertura democrática y reforzando la aparición de clases dirigentes en el poder y en la oposición de escasa filiación liberal u occidental.

Esta tensión ideológica se volvió a utilizar cuando los EEUU y sus aliados decidieron la ocupación de Irak, precisamente con un argumento democratizador de fondo y con el objetivo estratégico de modificar tanto la correlación de fuerzas regional como la naturaleza de los regímenes que estaban, de hecho, utilizando la

cuestión israelí como argumento de acción: el Irak dirigido por Sadam Hussein, Siria e Irán. La guerra y ocupación de Irak permitió la apertura de un segundo frente de guerra terrorista que a punto estuvo de hacer fracasar la ocupación aliada, debilitó el contrapeso iraní y paradójicamente no provocó la crisis esperada en Siria, cuyas instalaciones nucleares fueron finalmente bombardeadas por la fuerza aérea israelí.

La combinación de ambos elementos ha ofrecido una doble oportunidad a Irán. El ideológico le ha dado la ocasión de crear una red de grupos terroristas que, de facto, han sido capaces de proyectar a Irán como poder regional, instalándose de forma permanente en Líbano a través de Hezbolah, en Gaza a través de Hamás y en el sur de Irak gracias a la permeabilidad de la población chií y sus organizaciones de poder local. Irán se encuentra detrás de la presión que ambos grupos ejercen sobre las fronteras israelíes, por tanto, detrás de los enfrentamientos en Líbano y Gaza en 2008 y 2009. La anulación de Irak como contrapeso y el empantanamiento de las fuerzas occidentales en ese escenario y en Afganistán

le han ofrecido el hueco de oportunidad necesario para desarrollar su proyecto nuclear, que convertiría a Irán en un poder definitivo en la zona y obligaría a Egipto y Arabia Saudí a reaccionar, bien desarrollando armas nucleares, bien utilizando la capacidad de disuasión de los EEUU. Precisamente esta capacidad de disuasión podría forzar a los EEUU a mantener una proyección militar sobre el terreno mayor de la esperada y, en todo caso, no evitará las notables dificultades que los regímenes afectados, egipcio y saudí, tendrán para explicar a sus ciudadanos la necesidad del paraguas norteamericano.

LOS EEUU

La vinculación de los EEUU con la región no ha dejado de intensificarse en la última década, no sólo como consecuencia del vínculo histórico con Israel, sino también debido a los fuertes intereses estratégicos en el Golfo, reforzados tras la ocupación de Irak. Los EEUU constituyen hoy de facto una potencia regional con un am-

plio despliegue militar en la zona y la capacidad para ser determinante en la gestión de cualquiera de los conflictos en curso. La llegada a la Casa Blanca de Barack Obama ha resultado menos estruendosa de lo esperado y su primera reacción, tras la intervención israelí en Gaza, fue la de alinearse con la tradición exterior de los EEUU sin fisuras: apoyo a Israel y comprensión de sus argumentos.

En estos momentos, la preocupación esencial para la nueva Administración norteamericana es el tándem Irak-Afganistán. Para ocuparse de este problema eficazmente, Obama intenta suavizar las relaciones con Irán y reducir su esfuerzo en Irak, hecho este último que está probablemente más vinculado a la política interna que a prioridades estratégicas. Pero es inevitable que la nueva andadura se tope con tres problemas esenciales. Primero, la naturaleza del régimen iraní hace poco probable el éxito de una política de apaciguamiento. La naturaleza objetiva del régimen traducirá la oferta de diálogo como una debilidad y no como una opción de evitar un enfrentamiento que, en este momento de crisis económica, considera imposible.

Segundo, el carácter probable de la tensión militar con Irán obligará a los EEUU a mantener sus planes de despliegue militar, que pivotarán no sólo sobre sus puntos de apoyo habituales en el Golfo, por ejemplo Kuwait, sino también sobre las bases permanentes previstas tras la retirada en 2011 de Irak. Aunque el presidente de los EEUU ha adelantado a 2010 el fin de las operaciones de combate, lo cierto es que las excepciones (lucha antiterrorista y protección de la población civil) ofrecen amplias posibilidades a las tropas norteamericanas del general David Petraeus.

Y tercero, resulta extremadamente difícil desvincular la cuestión palestina de las reacciones políticas de las potencias regionales. Seguirá ofreciendo cobertura ideológica y en el caso iraní, la posibilidad de un segundo frente de guerra en las fronteras de un aliado como Israel. ■

TRAMPA ESTRATÉGICA

La combinación de variables que han convertido la región próximo oriental en un complejo entramado de conflictos no permite augurar un cambio sustancial de la situación, excepto si se considera la posibilidad de un conflicto abierto con Irán como la trayectoria de empeoramiento más probable. La tensión interna palestina pudiera dar un respiro a Israel y forzar un nuevo conflicto civil, pero no es previsible que Al Fatah consiga sin apoyo externo, probablemente israelí, desmontar la fuerte estructura de Hamás en Gaza. El carácter instrumental del conflicto palestino-israelí continuará ofreciendo oportunidades estratégicas a Irán y Siria; los EEUU mantendrán una fuerte presencia sobre el terreno que corre el riesgo de convertirse en estructural. Este fenómeno, que puede calificarse de trampa estratégica, constituirá un obstáculo mayor para la política de contención y repliegue diseñada a priori por el Presidente Obama, que requerirá del apoyo de sus aliados para cubrir los flancos militares y diplomáticos que puedan abrirse bruscamente al ejecutar su nueva política regional. ■

